

Editorial

Mundo árabe: ¿Revoluciones democráticas?

Algo importante está pasando en el mundo árabe, difícil de medir y de analizar debido a la amplificación y distorsión efectuada por los grandes medios de comunicación. Tienen su propia agenda y han empezado a imponerla, una vez pasadas las primeras semanas de confusión y sorpresa iniciales. Los sucesos en ciertos países han desaparecido o casi de los espacios noticiosos mientras los acontecimientos en otras naciones de la región están todos los días en las noticias, aunque sea para informar que “no hay novedad”. Resulta, por tanto, arriesgado aventurar un análisis, cuando es obvio que falta información, que de la que se dispone no toda ha de ser cierta, que los procesos están en pleno desarrollo y que hace falta tiempo para que las cosas se asienten y podamos tener un desenlace. Sin embargo, justamente por estos elementos de incertidumbre es que se hace urgente y necesario el análisis, para orientarse en la correntada de hechos históricos y no dejarse caer en las trampas de la desinformación y de la propaganda solapada.

Todo comenzó en Túnez. Empezó con un incidente similar a muchos que se producen a menudo en nuestro país. A

un joven, al que la pobreza arrastró al mundo de las ventas informales, la policía le decomisó su mercadería. Algo que en San Salvador o en Santa Tecla no hubiera provocado más que alguna protesta callejera y tal vez una pelea con los agentes del CAM. La diferencia es que el muchacho árabe, motivado por una mezcla de fe islámica y desesperación, se inmoló en el centro de la capital. La gente lo vio como un mártir. Iniciaron protestas espontáneas. Así arrancaron las primeras manifestaciones contra el régimen tunecino al que la muchedumbre culpaba por la miseria y la represión. El ejército se negó a reprimir. Muy débil debía ser el gobierno, muy honda la crisis, para que un solo incidente produjera efectos tan dramáticos y radicales. Después de haberse aferrado al mismo por más de veinte años, sólo 29 días pudo aguantar en el poder Zine el Abidine Ben Alí. Había comenzado una gran sacudida en el mundo árabe.

Mubarak, el presidente egipcio, iba a resistir todavía menos, tan sólo 18 días. La ola de agitación y protestas rápidamente se había extendido al resto de los países árabes. La situación, al momento de redactar este escrito, está lejos de haberse apaciguado. Desde Marruecos hasta Siria, pasando por Jordania, Argelia, Bahrein, Omán, Yemen, Arabia Saudí... En toda la región árabe hay movilizaciones populares reclamando democracia y alivio a la situación económica. Varios gobiernos se tambalean mientras otros ofrecen reformas. El protagonismo principal, como en la coyuntura de 1968, parecen tenerlo los jóvenes. Debaten y se autoconvocan mediante las redes sociales. Motivó a calificar de "revolución twitter" la revuelta árabe. Debe ser una exageración: Mubarak cortó internet por más de una semana y ni así logró que se desinflaran las movilizaciones en su contra.

Era lógico que el mundo occidental viera paralelismos entre ese fenómeno de contagio o "efecto dominó" con lo sucedido en Europa del Este a fines de la década de los ochenta, tras la caída del muro de Berlín. Una revolución "democrática", a partir de alzamientos más o menos espontáneos, pero sobre todo pacíficos, similares a los que se extendieron por los países del llamado "socialismo real" que derribaron gobiernos, promovieron elecciones y propiciaron un cambio de sistema. Los medios masivos de comunicación occidentales pronto utilizaron la expresión "revolución árabe" y se refirieron a ella con abierta simpatía. A medida que pasan las semanas la situación evoluciona y es legítimo preguntarse si esas primeras impresiones eran acertadas.

¿Es revolución? En caso de serlo, ¿es democrática? ¿Es realmente semejante en los distintos —y diferentes— países árabes? ¿Puede calificarse de "revolución árabe"? Lo que pasó después en Egipto vino a desmentir algunas

de las primeras apreciaciones apresuradas, sin que los grandes medios hayan rectificado las mismas.

Y siguió en Egipto. El más importante y más poblado país árabe. El que parecía más estable políticamente. El mayor aliado político de Estados Unidos, el segundo receptor de asistencia económica y militar estadounidense, sólo superado por Israel. La sorpresa es mayúscula, no tanto por la existencia de protestas sino por lo multitudinarias.

Mubarak, en el poder desde el asesinato de Anwar el Sadat, quien sustituyó al también asesinado Nasser, hizo caer al gabinete de gobierno. Lo sustituyó por uno presidido por su hombre de confianza y viejo responsable de los servicios secretos. También anunció que no se presentaría en las elecciones previstas para septiembre. No sirvió de nada. La calle exigía su retiro incondicional, una nueva Constitución y elecciones democráticas.

El ejército, distanciándose del comportamiento represivo de la policía, se desplegó para proteger a los manifestantes afirmando que sus demandas eran legítimas. Se habían tomado una plaza del centro de la capital, así como la gente en 1972 y 1977 se tomó la plaza Libertad en San Salvador, reclamando ante el fraude electoral. Pero acá los militares dispararon sobre su propio pueblo, haciendo una masacre, sin que eso suscitara una reacción internacional contundente. En cambio, en Egipto, el ejército, educado en el nacionalismo desde antes de Nasser, supo ponerse del lado del pueblo. Tomó distancia de los cuerpos represivos y de grupos de provocadores que trataron de amedrentar a la masa en rebeldía. La gente vio en los soldados desplegados un elemento de protección y disuasión; los aclamó por ello. El ejército se legitimó con su actitud.

Primera conclusión de los hechos en Túnez y Egipto: tan determinante como la protesta popular fue el posicionamiento de la Fuerza Armada, que tomó distancia del gobernante y forzó los términos de su retiro pacífico del poder. Se ha evitado el vacío de poder tras la dimisión de Mubarak mediante un gobierno militar que tutelaré la transición. No es nada claro que pueda calificarse de "revolución" tal desenlace. Igualmente en Túnez, las masas ceden protagonismo ante el ejército, que se presenta como garante del orden y de una transición, no se sabe si a la democracia, por lo menos hacia más democracia.

Segunda conclusión: en países en que la sociedad es abrumadoramente musulmana, el peso del factor islámico se ha revelado clave. De hecho las mayores movilizaciones, los famosos "días de la ira", han sido en viernes:

días de oración y de concentración en las mezquitas. Las arengas y la agitación política tuvieron un punto de máximo realce en dichos centros religiosos. No es descabellado ver una dimensión de revolución islámica tras la aparente revolución democrática. Y es que en realidad no son, no deberían serlo al menos, términos antagónicos. Pero es un tema que los grandes medios por lo general han preferido esquivar. Se han querido ver los sucesos según la matriz del modelo turco, de Estado laico y democracia parlamentaria, y no a la luz del islamismo iraní, donde el papel de los clérigos y teólogos fue fundamental dirigiendo la revolución islámica.

En Egipto, la organización Hermanos Musulmanes, tolerada aunque no legalizada, es la mayor estructura opositora, la más preparada para sacar ventaja en caso de que haya en el país elecciones auténticamente democráticas y transparentes. Perseguida por muchos años, no hay que olvidar que fue la responsable del atentado contra el presidente Sadat, cuando el coronel Mubarak era su Ministro de Defensa. Convertido en su sucesor, hizo de la persecución del partido islamista y de la defensa del Estado laico su leit motiv. Así como su búsqueda de la paz con Israel, su más arriesgada apuesta política, le valió ser considerado por Estados Unidos como su aliado indispensable. El presidente Obama lo ha dejado caer, lo que no deja de ser una muestra de coherencia con su discurso ético y político. Tampoco se prevé un auténtico cambio de régimen, sino tan sólo una paulatina democratización, a tono con la modernización en que se empeñaron las fuerzas armadas desde que se hicieron cargo del poder, una vez expulsaron al último rey.

Pero lo de Libia es otra cosa. Aunque arranca con la coyuntura de las revueltas en el mundo árabe, pronto se perfiló que en Libia lo que se ha precipitado es una guerra civil. Y ésta, sobre una base tribal-territorial, más que una confrontación de carácter clasista o una lucha democrática. También se ha visto el interés mundial en lo que ahí ocurra.

Trasciende allende las fronteras, como la crisis egipcia. La de Egipto trasciende por su importante demografía y por su soberanía sobre el canal de Suez, paso obligado de una parte del crudo de que se abastece Europa. De hecho hubo movimientos especulativos en los precios del crudo hasta que la salida de Mubarak despejó la incertidumbre. Libia no pesa por su población sino por ser un importante productor de petróleo, el segundo exportador africano después de Nigeria y el 12° del mundo. Estamos hablando de un millón 700 mil barriles diarios, lo que representa algo así como el 2% de la producción mundial. Los acontecimientos ahí hicieron repuntar el precio del barril arriba de los 120 dólares, lo que no ocurría desde 2008, en plena crisis económica mundial.

Más de dos terceras parte del crudo libio va a Europa, sobre todo a Italia, abastecida en un 33% por petróleo libio. El nexo de la antigua metrópoli con la que fue su colonia se mantiene de manera preferente, así como Túnez lo ha mantenido con Francia y Egipto con Gran Bretaña. De manera curiosa la crisis árabe se ha centrado, hasta el momento, en antiguas colonias de estos tres países europeos. En el caso de Libia, más aún que con Túnez y Egipto, no hay mayores intereses económicos norteamericanos; puede ser para Estados Unidos de importancia geoestratégica. Libia es de interés europeo, sobre todo.

También es otra cosa por su régimen político. Su hombre fuerte, el coronel Muamar el Gadafi, comandó un golpe militar que expulsó al rey Idris en 1969. A diferencia de la mayoría de países árabes, desde esa fecha no hay monarquía en Libia. Lo que hay es un régimen nominalmente revolucionario y socialista, fruto de la “revolución verde” que ha liderado Gadafi, autor asimismo del Libro Verde que supuestamente la inspira. Por años el coronel ha sido amigo de gobernantes izquierdistas y paladín del antiimperialismo, al menos hasta los ataques terroristas de 2001 y la guerra de Irak. Después protagonizó un espectacular acercamiento al mundo occidental, consiguió ser sacado de la lista del Eje del Mal y dio impulso a inversiones y negocios con sus anteriores enemigos. Tal parece que ese “hacer las paces” ha sido efímero, por la forma como sus recientes aliados hoy lo atacan, sin concederle ni el beneficio de la duda. Lo llaman dictador, tirano, sátrapa.

Según la campaña mediática, Gadafi ha masacrado a su propio pueblo, ha bombardeado con su aviación militar a pacíficos manifestantes. Se niega a dimitir, abandonar el poder y permitir la democracia. Pero los medios no han mostrado los cadáveres y destrozos de los supuestos bombardeos aéreos. Más bien en las fotos y videos se ve a los “pacíficos” opositores cargando armas, montados en tanques o apuntando al cielo artillería antiaérea. Pudiera tener razón Gadafi cuando reclama: ¿en qué país del mundo no se dispararía a una masa de opositores que intentase tomarse instalaciones militares, robarse las armas y usarlas para enfrentar a los efectivos gubernamentales? Los medios insisten en que hay represión contra pacíficos opositores, crímenes de lesa humanidad, pero más parece se trata de un levantamiento armado de ciertas regiones del país y de ciertos grupos tribales. De hecho el ejército se ha mantenido básicamente leal a Gadafi, lo que le ha permitido organizar la contraofensiva y reconquistar ciudades y carreteras sobre las que había perdido el control. Tiene dominio del aire, supremacía en blindados y artillería, el apoyo de su marina de guerra. Los rebeldes se ven desorganizados, sin jefes y carentes de estrategia. Militarmente no parecen tener mayor perspectiva.

De hecho, donde la rebelión se ha hecho fuerte es en la región oriental, conocida desde siempre como Cirenaica, sometida políticamente al predominio de Tripolitania. La zona oriental, vecina con Egipto, tiene como capital Bengasi, segunda ciudad del país con un millón de habitantes y donde la oposición ha organizado su Consejo Nacional Libio de Transición. Hay una realidad tribal detrás de esta división geográfica. La población libia se compone de unas 140 tribus, una treintena de ellas con influencia política. Gaddafi se ha apoyado tradicionalmente en su propia tribu, Gaddafa, también en el clan Magarha, así como en la mayor tribu de todas, la Warfallah, de un millón de miembros. El juego de alianzas tribales tradicionalmente ha marginado a las tribus orientales, que son las que ahora se han rebelado. Tienen un punto fuerte: las mayores instalaciones y pozos de petróleo están al este del país. Su punto débil: su población, marginada de las esferas de poder, tampoco está en los escalones de mando del ejército. De ahí que la oposición haya centrado su táctica en lograr el reconocimiento internacional y algún compromiso de fuerzas extranjeras para que se encarguen ellas de derrotar militarmente a Gaddafi.

La postura de reconocer a dicha instancia opositora más va en dirección a la partición del país en dos, que de lograr el derrocamiento de Gaddafi. La Liga Árabe se suma y ataca al gobernante libio, en un afán de cobrarse cuentas pendientes. Apoya incluso la idea de un área de exclusión militar aérea, para debilitar a Gaddafi. Pero imponerla equivaldría a realizar acciones militares, que difícilmente tendrán el aval del Consejo de Seguridad de la ONU, donde tanto Rusia como China interpondrían su veto. Los abusos cometidos por la Administración de George W. Bush en Irak están demasiado cercanos y frescos en la memoria como para no generar "anticuerpos" ante el discurso actual del gobierno norteamericano y sus aliados. Éste predica que hay que "hacer la guerra para sacar al tirano, proteger los derechos humanos y promover la democracia". Como se diría en Francia, tal parece un "déja vu". Que Estados Unidos, involucrado en dos guerras sin haber podido resolver ninguna, vaya a aceptar comprometerse en una tercera, está en el terreno de lo improbable. La diplomacia va a ganarse su espacio, una vez las armas callen, y tal vez la autodeterminación de los pueblos, bien entendida, pueda asimismo lograr su lugar. La cual no es contradictoria con los ideales de respetar la integridad del territorio, la soberanía del país y el principio de no injerencia en asuntos internos.